

BENITO, EL MAPACHE Y BICHOS

—¡El Día del bicho va a ser fantástico! Si es que Hugo el mapache no lo estropea...

—dijo Benito a sus padres en la sobremesa un día de primavera.

—¿Qué van a hacer para el Día del bicho? —preguntó la mamá.

—¡Oh, es genial! Estuvimos estudiando sobre insectos en nuestra clase de ciencias, y mañana vamos a ir al bosque, donde tendremos un concurso para ver qué equipo junta más bichos de distintas clases en un frasco. El único problema es que Hugo el mapache es mi compañero. No entiendo por qué el profesor Ramón me puso con él. Yo tenía muchas ganas de pasar el Día del bicho con Crispín, y ahora tengo que pasarlo con Hugo.

—¿Cuál es el problema con Hugo? —quiso saber el papá.

—Él piensa que lo sabe todo, por eso no me deja hablar. Es muy prepotente y siempre quiere que las cosas sean a su manera todo el tiempo —se quejó Benito.

—Mmm, debe ser difícil —dijo la mamá—. ¿Propusiste que se turnaran? A veces eso funciona.

—Ya lo sé. Lo intenté, pero no funcionó.

—Estoy seguro de que te irá bien, hijo —dijo el padre—. Aprender a trabajar con otras personas —aun con aquellas con las que no te llevas tan bien— es una lección muy importante. Aparte de eso, ¿estás listo para tu gran día mañana?



—Sí, lo estoy. Ya sé exactamente qué buscar —dijo Benito, muy complacido consigo mismo—. Los insectos tienen exoesqueletos, un cuerpo de tres segmentos, seis patas, un par de antenas, y la mayoría tiene dos pares de alas.

—Bueno —dijo el papá—, en realidad, solo unos pocos insectos tienen un solo par de alas...

—Como las moscas. Ya lo sabía —dijo Benito revoleando los ojos.

—Recuerdo que cuando tenía tu edad —dijo la mamá—, ¡me encantaba el Día del bicho! Me gustaba encontrar lugares diferentes donde a otros niños no se les ocurría ir. Yo daba vuelta a troncos viejos y...

—Yo ya sé cuál es el mejor lugar.

Benito ni se molestó en disculparse por haber interrumpido lo que la madre estaba diciendo. Creía que ya sabía lo suficiente sobre el Día del bicho

sin necesitar la ayuda de nadie. A veces, Benito pensaba que sabía más que la mayoría de sus amigos, y tal vez hasta más que sus padres también.

★★★

—¡Conozco el lugar para encontrar los mejores bichos! —le decía Benito a Hugo. El bus escolar había llevado al profesor Ramón y su clase hasta donde comenzaba el bosque, y ahora los compañeros disponían de una hora para juntar tantos bichos diferentes como les permitiera ese tiempo.

—Yo también conozco un lugar —respondió Hugo—. Hay un lugar cerca del estanque Mallard donde están los mejores bichos.

—¿Estanque? ¡Nos harás perder! ¡De verdad conozco el mejor lugar! Hay cantidad de troncos caídos hacia ese lado del bosque, y estoy seguro de que hay un montón de ciempiés y gusanos y todo tipo de criaturas debajo de esos troncos.

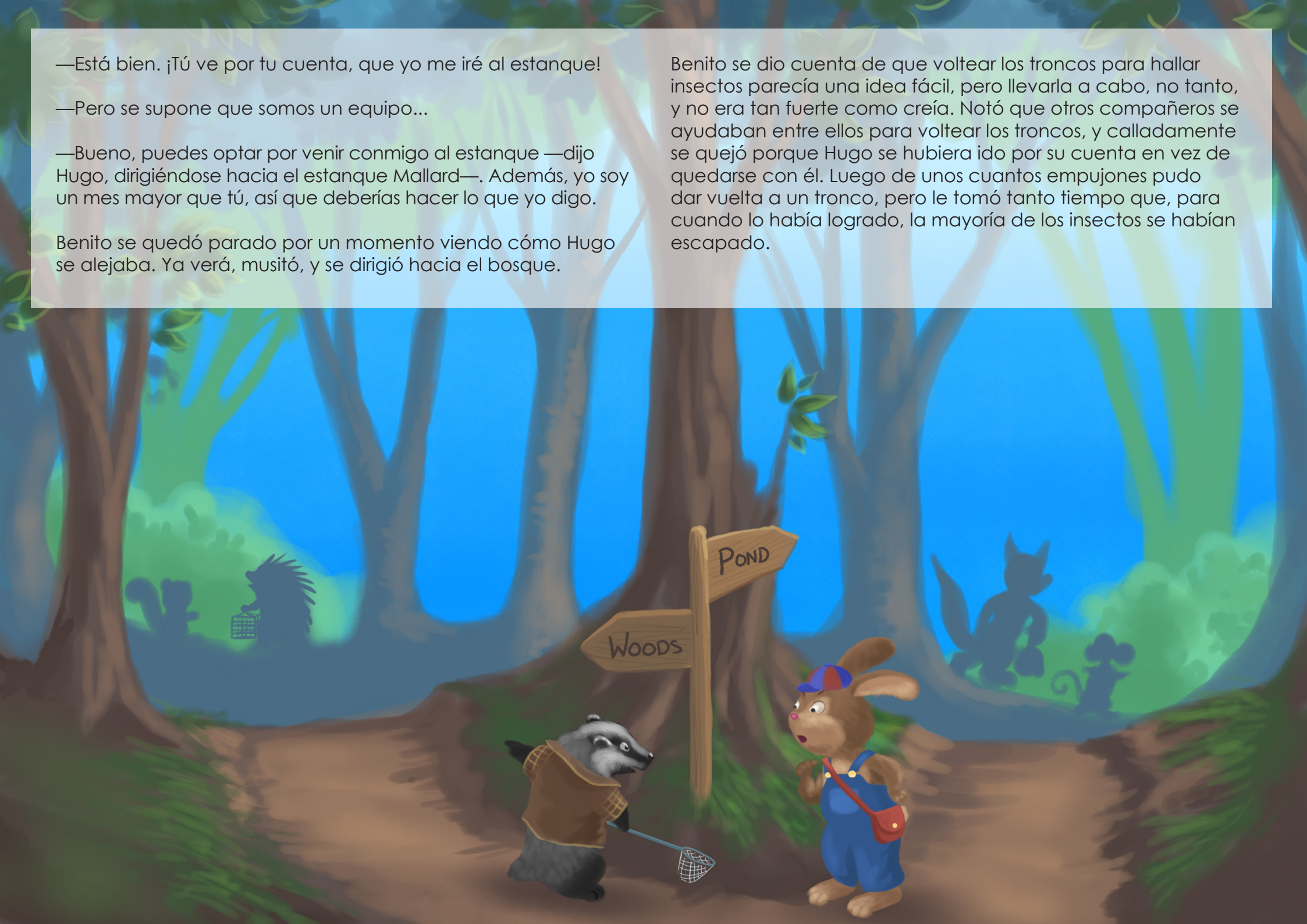
—Está bien. ¡Tú ve por tu cuenta, que yo me iré al estanque!

—Pero se supone que somos un equipo...

—Bueno, puedes optar por venir conmigo al estanque —dijo Hugo, dirigiéndose hacia el estanque Mallard—. Además, yo soy un mes mayor que tú, así que deberías hacer lo que yo digo.

Benito se quedó parado por un momento viendo cómo Hugo se alejaba. Ya verá, musitó, y se dirigió hacia el bosque.

Benito se dio cuenta de que voltear los troncos para hallar insectos parecía una idea fácil, pero llevarla a cabo, no tanto, y no era tan fuerte como creía. Notó que otros compañeros se ayudaban entre ellos para voltear los troncos, y calladamente se quejó porque Hugo se hubiera ido por su cuenta en vez de quedarse con él. Luego de unos cuantos empujones pudo dar vuelta a un tronco, pero le tomó tanto tiempo que, para cuando lo había logrado, la mayoría de los insectos se habían escapado.



De pronto, el profesor Ramón sopló el silbato y se aseguró de que todos volvieran a poner los troncos como los encontraron. Los demás equipos tenían sus frascos llenos de insectos movedizos, pero Benito solo logró obligar a un ciempiés a meterse en el frasco. *Esto es terrible*, pensó Benito. Fue entonces que vio a Hugo dirigirse hacia el bus escolar. Hugo tampoco se veía contento, y en su frasco solo había una libélula.

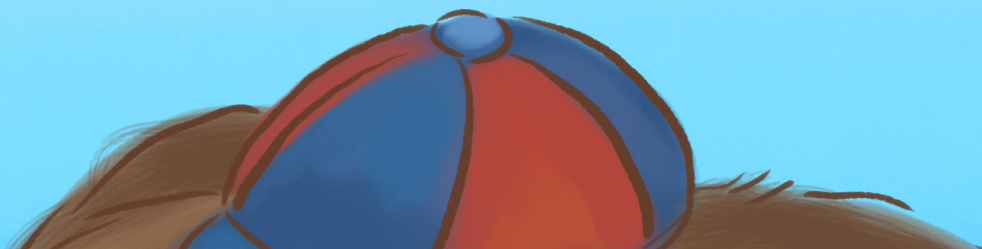
—Por tu culpa vamos a perder —le dijo Hugo a Benito en un susurro de regreso a la escuela—. Había tantos insectos que no sabía por dónde empezar, y solo logré agarrar uno.

—Bueno, si te hubieras quedado conmigo me habrías podido ayudar a dar vuelta a los troncos y yo habría logrado juntar un montón de bichos —dijo Benito refunfuñando.

Benito y Hugo se ignoraron durante el resto del viaje de regreso a la escuela.

★★★





Ese día, Benito volvió a su casa fuera de sí.

—¡El Día del bicho fue horrible! No quiero ir al colegio mañana.

—¿Por qué? ¿Qué sucede, Benito? —preguntó la mamá.

—¡Hugo y yo solo juntamos dos bichos, pero Crispín y Felipe juntaron al menos veinte! ¡Y todo por culpa de Hugo! Se cree que lo sabe todo y nunca me deja terminar mis frases. *Jamás* me escucha y estoy seguro de que yo habría ganado si hubiera estado en equipo con Crispín. Crispín siempre me escucha y hace lo que le digo.

—Crispín es muy buen amigo —asintió la madre mientras ayudaba a Benito a quitarse la chaqueta y la mochila—. A mí tampoco me gusta cuando los demás no me escuchan, o si me interrumpen cuando trato de decir algo. Creo que la mayoría nos sentimos así.

Benito se sonrojó. Se acordó de su comportamiento en la mesa el día anterior.

—Sabes —prosiguió la mamá—, creo que Hugo tal vez siente lo mismo que tú ahora. ¿Qué te parecería si tu padre o yo te dijéramos «eso ya lo sé» cuando nos cuentas lo que aprendiste en clase? ¿Cómo te sentirías?

—Pero ustedes no harían eso —protestó Benito.

—No, claro que no, porque te amamos. Te escuchamos para que veas que nos interesa, incluso si es algo que ya sabemos.

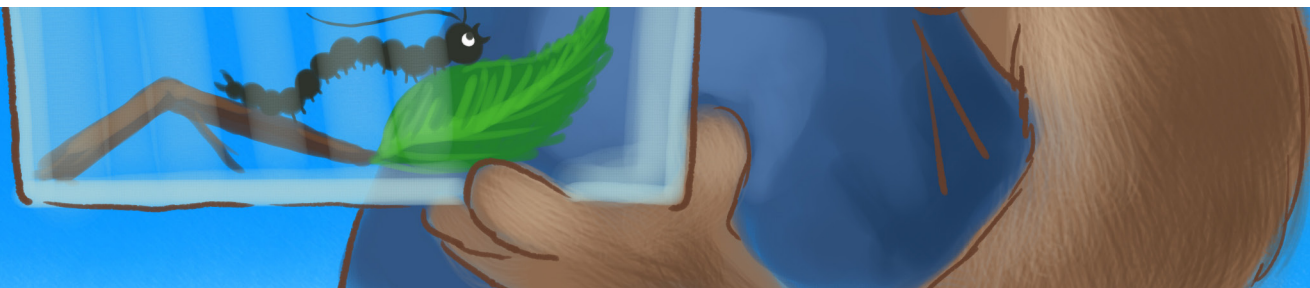
—Ah —dijo Benito—, ya veo.

—Si trataras de escuchar a Hugo, tal vez aprendas cosas que no sabes. Y aun si te dicen cosas que ya sabes, tal vez encuentres alguna otra cosa.

—¿Qué encontraría, mamá? —preguntó Benito.

—Un amigo —respondió la mamá.

★★★



Al día siguiente, Benito y Hugo estaban sentados juntos mientras cada uno de los otros equipos miraban sus frascos y anotaban datos sobre las características de cada bicho y dónde los habían encontrado.

Hugo no dijo mucho cuando Benito lo encontró en el corredor. Benito pensó en lo que su mamá le había dicho el día anterior, sobre lo de tal vez encontrar un amigo.

—Me gusta tu libélula —dijo Benito.

Hugo se sorprendió.

—¿De veras? Es una libélula muy rara, y por eso pasé todo el tiempo tratando de atraparla. ¿Sabías que cuando las libélulas son jóvenes tienen una cosa especial en su cabeza, como una espada que utilizan para atrapar pequeños peces?

—No, no lo sabía —dijo Benito, muy asombrado.

—Y se alimentan de mosquitos, ¡y una vez encontraron el fósil de un mosquito que medía 76 cm de largo! ¡Y en la actualidad hay una clase de libélula que mide 18 cm!



—¡Vaya! ¿Vas a decir todo eso hoy para nuestra presentación?

Hugo dudó de pronto.

—¿Te parece que estará bien? Todos los demás tienen tantos bichos...

—¡Pero ninguno tiene una libélula! —dijo Benito, triunfante.

—¡Es cierto! —Hugo pausó—. Si hubiéramos trabajado en equipo ayer, creo que habríamos podido ganar.

—Podemos trabajar juntos el año que viene y ganar —dijo Benito—. Y este año ganaremos por brindar la información más interesante.

Hugo y Benito sonrieron. *Y tal vez este año obtuve algo más. Tal vez hice un nuevo amigo, pensó Benito.*

Fin

